

**LA NOVELA
CORTA**

DOS AMORES

por

**Carmen de Burgos
(Colombine)**

10 cts.

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Desde la aparición de esta Revista, hasta la publicación de los números actuales, hemos puesto un especial cuidado en sostener su prestigio literario, avalorándola con la colaboración permanente de nuestros más ilustres escritores. A este efecto en el próximo número publicaremos una interesantísima novela inédita, original de

CRISTÓBAL DE CASTRO

titulada

UN BOLCHEVIK

que aparecerá

EL PRÓXIMO SÁBADO

El haber residido en Rusia nuestro ilustre colaborador, unido a su profundo conocimiento de cuanto concierne a aquel lejano e interesante país, hacen de este trabajo una de las más admirables novelas cortas, que han salido de la brillante pluma de Cristóbal de Castro

DIEZ CÉNTIMOS

DOS AMORES

NOVELA INÉDITA



FOR

R-7304-A

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Cruzó, siguiendo a la criada que le había abierto la puerta; el pequeño jardín que rodeaba como un foso de verdor y ramaje toda la casa y después de dejar su sombrero en el recibimiento, aguardó en el salón.

Estaba abierto el balcón y la tarde perfumada de Florencia lo envolvía en su plástico blandor. Había algo en la naturaleza de dulce y de penetrante; venía el aire cargado de perfume de lirios, de reseda y de jazmines. Las aguas verdes del Arno corrían a sus pies mansamente, partiendo en dos la ciudad, que nacia ambas partes mediante el festón de sus puentes. Enfrente se veían los jardines y los palacios de la otra orilla que subían escalonándose, para formar un gigantesco búcaro a los altos árboles del jardín de Boboli que coronaban las alturas.

Allá, en lo alto, a la izquierda la ermita de S. Miniato, entre el grupo de cipreses puntiagudos del viejo cementerio que parecían clavar sus copas en el azul aquel azul que se iba esfumando gradualmente del cielo a las colinas, azules también, para envolver a la ciudad toda. A la derecha se divisaban las calles viejas, los rincones ruinosos de las cercanías del puente viejo; y frente por frente a su balcón dos casas vulgares, antiguos palacios restaurados, pintados de amarillo, que en otra parte hubiesen sido imposibles de soportar y que aquí constituían la más bella nota de aquel conjunto de luz y de policromía. Era un amarillo dulce, un amarillo de luz, un amarillo de sol cuajado, que brillaba limpio y lucido entre los oros crepitantes, rojizos, con que los últimos rayos del astro incendiaban las vidrieras.

Ninguna naturaleza por lujuriosa ni por bella podía tener el poder de penetración que adquiría allí. Parecía que se estaba más cerca del corazón del mundo, que se le sentía latir, que se establecía una corriente de la savia de aquella

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

tierra dentro de nosotros mismos, como si una raíz hincada en el suelo hiciera circular en nosotros como en los hermanos árboles un jugo vital común.

Había una embriaguez de sensaciones incomprensibles; al ir a morir la luz se desangolaba la tierra de sus velos y se mostraba en un estallido de armonía perfumada. Transcendía todo en un aroma en el que se percibía el vaho de la tierra, de la ciudad misma, del agua del río y de las flores.

Aquellas enredaderas de rosas amarillas y de rosas de té; aquellas madre-selvas doradas y campanillas azules, que trepaban mezcladas a las damietas y los jazmines, se abrían, se desvanecían en perfume, se sobrepasaban para darse enteras.

Una mayor intensidad de perfume le hizo notar que tenía una mujer a su lado. Se volvió vivamente.

—Blanca.

La joven era un tipo perfecto de belleza florentina. Alta, esbelta, de cuello largo, muy blanco, tenía las facciones regulares, la boca fina, los ojos color tabaco, con tonalidades de acero y el cabello de un rubio ceniza, algo gris, muy enortijado y rizado. En aquel marco del balcón del Lungarno la belleza de la joven resaltaba como la de las santas del Beato Angélico sobre sus fondos de esmalte azul.

—Perdóneme usted que haya tardado más de lo que deseaba—dijo ella disculpándose.

—Había perdido la noción del tiempo—repuso él—. No hay más que una Florencia en el mundo.

—¿De veras?—preguntó la joven satisfecha en su amor patrio—. ¿Le gusta a usted?

El no repuso más que dos palabras.

—Mire usted.

Sin darse cuenta la tomó de la mano y la aproximó más al balcón. Era un momento solemne aquel en el cual entre la exaltación de las flores, el sol caía encendido como una brasa que se hunde en la tierra detrás de la colina azul, y las aguas del río, las vidrieras de los palacios, las cúpulas de las iglesias, y hasta las verdes copas de los árboles, conservaban aún sus últimos reflejos dorados.

—No se puede quejar de la despedida que le hemos hecho—dijo la joven mirando la mancha sangrienta como un desgarrón que estaba en el lugar por donde había desaparecido el sol. Parece que se ha ido a España. Ese es el camino de su patria... Allí seguirá alumbrando aún ¿verdad?

El recuerdo de la patria no fué en aquel momento del agrado del joven, que nada contestó.

—¿Quisiera usted haber podido hacer ese viaje con él?—insistió ella.

—No... no... Me encuentro bien aquí.

—¿No tiene usted amor en España?

Vació Mauricio al responder, mirándala entre suplicante y avergonzado.

—En España... no.

Se ensanchó su pecho en un suspiro de satisfacción al verse libre de una nueva pregunta por la presencia de la madre de Blanca.

La señora Marta Bernardi parecía una hermana mayor de su hija. Alta, esbelta y blanca como ella, con idénticas facciones, y ojos y cabellos del mismo color ofrecía en su belleza como una garantía de la belleza de la hija. Había en ella más plenitud, más vida, más decisión, más madurez, no menos juventud. Lo que en la hija era una promesa en la madre era una realidad.

Saludó afablemente con graciosa coquetería.

—Vamos a tomar un refresco.

La criadita, toda vestida de blanco, delgada y gracil, como una señorita disfrazada, apareció detrás de ella con un enorme y ventruado jarro de cristal de Venecia en la mano. El jarro de dos senos iba repleto de frutas cortadas en pedazos: naranjas, ciruelas, melocotones, peras, manzanas y *finquios* que nada-

ban entre la mezcla de agua, vino de Marsala y unas copas de aquel aromático licor florentino, *Aikermés*, fabricación única de la ciudad, aromatizado por la raíz del iris, con el perfume que extraía de la tierra.

El otro seno iba lleno de hielo, que extendía su helor empañando el finísimo cristal con un vaho blanco, lechoso, con tonalidad de China.

La criada llenó tres de aquellas copas de alto pie de color y estrecho cáliz transparente, que sonaban como timbres cristalinos al tocarlas, en una aguda nota de *xylophone* y salió de la estancia.

Las dos señoras y Mauricio se sentaron cerca del balcón y mientras saboreaban el aromático licor empezaron una de esas conversaciones triviales y agradables, en las que no se trata nada íntimo. Varias veces la señora Bernardí quiso llevar la conversación hacia España, pero Mauricio prefería hablar de Florencia. Había hecho esta ciudad demasiado impresión en su espíritu para dejarle recordar otras cosas. No había otra ciudad en el mundo que conservase íntegra su antigüedad sin vejez y que tuviese todos los refinamientos y adelantos de la vida moderna sin perder su carácter ancestral y el aroma de sus leyendas. Florencia era la ciudad de las elegancias de las formas y de la armonía; pagana por naturaleza, por su aire, por su ambiente, por su arte que hacían de ella un inmenso museo.

—Pero usted—dijo la señora Bernardí, atajando el elogio de Mauricio—, no conoce de nuestra ciudad más que esa envoltura bella y externa. En Florencia hay una vida de sociedad no menos interesante, la sociedad de los verdaderos florentinos de los patricios, en las que rara vez penetran los extranjeros y que le sería grato frecuentar.

—Me absorben tanto tiempo mis estudios—dijo él disculpándose.

—Sin embargo, es preciso que se distraiga usted un poco... Siendo aquí sus únicas amigas tenemos hasta una responsabilidad en dejarlo trabajar demasiado. El jueves próximo se celebra una de nuestras típicas fiestas. Tiene usted que venir con nosotras a *Levare il Grillo* el día de la Ascensión.

—No sé...

—Verá cómo se divierte... es un día de campo... de romería. Blanca nos preparará la merienda... ¿vendrá usted?

Mauricio vacilaba, una sombra vaga, esfumada y lejana surgía en el fondo de su cerebro como una reconvencción, el recuerdo de unos ojos enlutados y tristes... pero los ojos claros de Blanca lo miraban, abiertos y ansiosos, como rogándole que aceptase la invitación... y mirando aquellos ojos repuso casi inconsciente:

—Sí... vendré.

La abultada carta en cuyo sobre blanco lucían una hilera de sellos de España, permanecía cerrada sobre la mesa de trabajo.

Acababa de sonar aquel cañonazo que indicaba el medio día y la campana de la pensión daba su primer toque llamando a los huéspedes al comedor. Mauricio abrió la ventana de su cuarto situada en el Lungarno, esquina a la *Piazza Mentana*, la vista era la misma que se descubría desde al Hotel de Blanca. Colocado

en el centro del cielo el sol dejaba caer ahora una luz cegadora, de plomo derretido, que formaba espejuelos de escamas entre las rizosas ondas del Arno y parecía abrasar los malecones, los edificios y los lejanos árboles. Las dos casas amarillentas aumentaban su luminosidad en un tono cálido. Mauricio creía sentir la impresión de una mirada que contemplaba a la vez todo aquello y lo envolvía en su calor. El sol entraba por la ventana inundando la estancia, llenándola de Florencia. El con espíritu de artista había tratado de transformar el cuarto de todos, que le habían dado en la pensión, en su cuarto. Sobre la terrible mezcla de papel de rayas y flores que tapizaba los muros, él había colgado una profusión de cuadros, tierras cocidas y fotografías que lo cubrían evitando su fealdad. Había allí reproducciones de tierra esmaltada, con los ángeles blancos sobre fondo azul: el niño desamparado de los *Inocentes* de Andrea del la Robbia con sus bracitos suplicante, su cuerpecillo envuelto en pañales y rodeado de una brillante guirnalda de naranjas y hojas, que se reproducían en torno de las barrocas y opulentas vírgenes de Luca della Robbia.

En la profusión de grabados y cuadros se agrupaba allí todo aquello que los ojos hubiesen querido conservar presente siempre. Las reproducciones de estatuas, de pinturas de edificios inolvidables. Vistas de los palacios, fotografías de los monumentos, reproducciones de las obras maravillosas: la inmortal y triunfante *Primavera* de Sandro Botticelli, de las vírgenes humanas de Rafael Sanzio y de las vírgenes divinas místicas y celestes del Beato Angélico con sus vestiduras de estrellas.

El segundo toque de la campana de la pensión y el rumor de los otros huéspedes que entraban y salían de sus cuartos disponiéndose a pasar al comedor de vuelta de la obligada visita matinal a los museos, lo sacaron de su abstracción. Aunque hacia tiempo que hizo su *toilette*, le dió los últimos toques necesarios para ir a la mesa. Atusó su cabello, pasó el cepillo por su solapa, se estiró los puños, colocó bien la corbata.

En el momento de salir su mirada tropezó con la carta cerrada, y apoderándose vivamente de ella la abrió con mano nerviosa, como si quisiera desquitar con su premura de última hora la demora anterior.

Un vivo perfume a Piel de España se esparció en derredor suyo. Era como si se hubiese aproximado a él una mujer, olía a aquel perfume a carne de mujer, formando contraste con el olor de las flores.

La memoria de los perfumes evocó la figura de la que lo llevaba habitualmente. Era él quien le había hecho adoptar a Margarita aquel perfume, que por casualidad llevaba ella cuando se conocieron. Ejercía esa atracción de los sentidos que es el amor, su olfato sentía la sensación de aquel perfume acariciante.

—Cambiar de perfume—le había dicho—es casi cometer una infidelidad. Como cambiar de rostro o cambiar de voz, es hacerse desconocida.

Surgía de aquel perfume la mujer y con la mujer los largos años de su historia amorosa de su pasado y de su porvenir.

Margarita había sido su primera novia, su sola novia. La había conocido cuando él iba al Instituto y ella a la escuela. Se paraba en la esquina a ver pasar aquella niña tan alta, tan airosa, de piernas largas, muy delgaditas y pies menudos. Tenía un rostro de facciones puras, correctas, que era más bello cuanto más se miraba; seducía más analizándolo, descubriendo su gracia, la dulzura que ofrecía reposo a los ojos. A primera vista era menos bella, con una palidez mate, que hacía resaltar los ojos, enlutados de largas pestañas negras y la boca escarlata. Su principal belleza era la enorme trenza color castaño obscuro, gruesa como una gran madeja de seda que parecía tirar hacia atrás de su cabeza y empalidecerla con su abundancia.

Se habían acostumbrado a verse todas las mañanas. Él la esperaba y la niña le buscaba con los ojos al llegar, aunque luego tratase de pasar ruborizada y fingiendo indiferencia.

Después de una corta ausencia forzosa cuando volvieron a verse él saludó y ella respondió al saludo. Al cabo de algún tiempo de saludarse se hablaron un día... Más tarde él la acompañó diariamente... Fueron amigos; Mauricio no comprendió que la amaba hasta que un pretendiente rondó esperando verla salir de casa. El primer movimiento había sido de sorpresa de que la niña inspirase ya amor de mujer. Se fijó en ella. Su falda se había alargado y apenas dejaba ver los pies, la magnífica trenza iba oculta bajo el sombrero, en el rostro moreno pálido había tonalidades plateadas de pasión, los labios se habían hecho más rojos, se había redondeado la garganta y el busto acusaba formas deliciosas y suaves bajo el traje.

Sintió una rabia loca de que aquel intruso apreciara como él aquellos encantos y se volvió airado contra su amiga. La apostrofó con dureza, llamándole hipócrita, coqueta...

--No volveré a acompañar a usted jamás.

Se hubiera ido si ella no hubiera llorado. Las lágrimas lo contuvieron... medió una explicación. Desde aquel día fueron ya novios.

Un amor dulce y no por eso menos vehementemente los unía. Todos los días se cruzaban cartas apasionadas... se encontraban en los paseos, en el teatro: le daba escolta en todas sus salidas. Al fin tuvo el permiso de acompañarla cuando iba con la madre. Al acercarse el fin de su carrera esta le indicó la conveniencia de hablarle a su esposo que hasta entonces *había hecho la vista gorda*.

Mauricio no tenía padre; fué su madre la que llenó este requisito, encantada de aquel amor que tan benéfica influencia ejercía sobre el alma de su hijo. Las dos familias ocupaban el mismo rango social; ambas tenían una posición desahogada, el enlace era ventajoso para todos. Concertado para fecha aun lejana, cuando Mauricio terminase su carrera de ingeniero, pudo ya entrar en la casa y tratar con mayor intimidad a su futura.

En aquel trato de muchos años y de todos los días su amor creció, cada vez descubría mayores bellezas de espíritu en su novia, mayores virtudes, inocencia y recato. Tenían los mismos gustos, las mismas ideas. Muy culta sostenía con él conversaciones amenas, se interesaba por sus estudios, lo aconsejaba. Era la verdadera compañera; unida a su espíritu, con un conocimiento perfecto y una confianza plena.

En las largas veladas del invierno madrileño, mientras el padre se iba al café y la madre dormitaba en su butaca Mauricio leía en voz alta a su novia los libros predilectos, mientras ella tejía entre los dedos, con la aguja de hueso, aquellas frágiles rosillas de frivolidé que iban a incrustarse en las finas batistas de la ropa de desposada. Esas docenas y más docenas de prendas de ropa interior que forman la canastilla de las novias en España, y cuya preparación da la impresión de que se hacen ya la última ropa para toda la vida.

Mauricio dejaba de leer para mirarla. ¡Estaba tan hermosa! De niña se había convertido en mujer al lado suyo. No había tenido un pensamiento que no fuese para él. Ansiaba ardientemente su boda cifrando en ella toda la felicidad de su vida. Apenas, en ligeros descuidos de la madre, había logrado robarle un beso que era su mejor promesa de matrimonio.

Este se había de celebrar tan pronto como Mauricio terminase las prácticas de su carrera que se proponía hacer en el extranjero. Era una separación que tenía al final la recompensa de unirse para siempre. Al separarse, Margarita había tenido unos celos vagos de mujeres desconocidas; mujeres sin cuerpo. Mujeres que no eran más que siluetas, ojos que miraban a Mauricio, labios que le sonreían, cabellos rubios y negros.

El la tranquilizó riendo. El encanto de su amor era la confianza sin celos ni temores; aquella ausencia no significaba nada.

No era Mauricio de esos hombres vulgares que llevan unida a la idea del viaje la idea de una aventura fácil en cada país que visitan. La imagen de Margarita iba en él, lo acompañaba, sostenía un diálogo continuo con ella.

En sus cartas le daba cuenta de todas sus impresiones.

«Hemos de venir juntos a ver todo esto. Yo no podré decir que lo he visto bien hasta verlo contigo. Sin que tu compartas esta emoción conmigo puedo decir que no la he sentido mas que a medias. Es como si necesitara asomarme por tus ojos para ver yo.»

Pero apesar de todo esto Florencia lo había ganado de un modo que le hacía olvidarse de Margarita, sin amarla por eso menos. No eran las mujeres sus rivales, era la ciudad, su belleza, su ambiente; las Santas de los museos, las Madonnas y las Venus con su belleza suprema borraban las líneas de la belleza de Margarita grabadas a buril en su alma con la contemplación constante.

En este estado de ánimo el Consul de España le presentó a la viuda Bunardi y a su hija. Las dos señoras tuvieron para él esa simpatía mútua que existe entre italianos y españoles y lo invitaron a ir a su casa. Mauricio, aun a trueque de parecer mal educado no aceptó la invitación. Pero sin saber porqué cuando le escribió a Margarita no le dijo nada de aquella presentación, él que se lo contaba todo. Mientras escribía pensaba en la señora Bunardi. ¡Era tan bella y tan elegante doña Marta!

Florencia es demasiado pequeña para no encontrarse. En el paseo, en los museos, en la calle encontró varias veces a las dos damas. Ellas lo llamaban, se interesaban por su salud, le repetían los ofrecimientos. El joven tuvo al fin que visitarlas, que acompañarlas, que intimar con ellas. En guardia contra la belleza de doña Marta, lozana y algo provocativa se refugiaba en el trato de la hija, hasta que un día le pareció más bella y resplandeciente que la madre.

¿Porqué no le hablaba a Margarita de esta amistad? A veces le parecía que era una infidelidad y una traición el ocultárselo y se proponía hablarle de sus nuevos conocimientos, pero luego se excusaba ante si mismo pensando que podía provocar de modo imprudente los celos de la joven y hacerle sufrir.

—Ella no las conoce, no ve la pureza de nuestro trato y puede pensar otra cosa que le haga padecer... Mejor es callar.

En su amistad las dos mujeres le habían contado su vida. Doña Marta era viuda de un senador, se había quedado viuda joven, era rica y podía permitirse vivir con lujo. No había querido volverse a casar para no dar padrastró a Blanca, para no introducir en su vida y en su hogar otra persona con derecho a mandar en ambas: pero era alegre, coqueta, gustaba de divertirse, y sabía hermanar el respeto que debía profesarle su hija con una cordial camaradería.

A su vez ellas querían saber. Mauricio les habló de su madre que enviudó joven también y le había dedicado su vida en una sublime abnegación. Le había hablado de España; de su carrera, de sus estudios... Ni una palabra de Margarita. ¿Porqué no confesar a su novia? ¿Porqué no pedir para ella la amistad de Blanca?

—Ya habrá tiempo de decirselo; nada me han preguntado—pensaba.

Pero aquella tarde, cuando la joven le habló de España sintió un malestar, un dolor, una tristeza de pensar que el no estaba allí, en la magnífica Florencia mas que de paso, que su raíz, su vida, estaba en Madrid, a Madrid tendría que volver. Después cuando Blanca le preguntó por sus amores, negó que los tuviese en España y lo negó de buena fé. En aquel momento el no amaba a nadie más que a Blanca, se había borrado de su alma todo lo que no fuese ella. En Blanca encarnaba Florencia entera: estaba enamorado de Florencia.

Aquellas santas de las iglesias, aquellas mujeres de los museos, aquellas figuras esculpidas en bronce o en marmol por Gibberti, Miguel Angel y Donatello, vivían todos en Blanca, con sus ojos serenos, su forma elegante, su carne de alabastro o de cristal cuajado. Las líneas arquitectónicas de Florencia, sus lirios, sus rosas, las piedras sagradas y las aguas del Arno todo vivía y alentaba para él en Blanca.

La carta de Margarita fué un conjuro para él. Al acabar de leerla la joven había recobrado en su alma todo su antiguo imperio. Todo lo demás eran ilusiones, traiciones de la naturaleza y de aquella sensualidad mística latente en el ambiente de la ciudad. Su amor, su alma era Margarita. ¿Cómo podría prescindir de ella nunca, olvidar tantos años de amor, de ilusiones, de proyectos que habían creado un porvenir?

El aroma de aquella carta no era casual.

«Quisiera poder ir yo en esta carta. No sé por qué mi corazón está affligido. Hace unos días que te siento más lejos. Te envió mi retrato último, impregno este papel de mi perfume. Es como un grito desesperado en el que te digo llena de temor y de angustia. «Recuérdame.»

Luego la joven le hablaba de su tristeza, de aquel verano que se anunciaba con tanta soledad. Le daba mil pequeñas noticias de las gentes que la rodeaban, de todas las cosas insignificantes que se entretregan a su vida. «Me hablas de las flores de Florencia. Aquí florecen nuestras lilas, los árboles del Retiro están cuajados de flor y todas las mesillas de las calles se engalanan con ellos. Pero hoy los puestos de flores me parecen pobres, tristes, los miro empequeñecidos por todo eso que tú me cuentas. ¿No estaré empequeñecida yo también? Sin embargo me aferro cada vez más a nuestro Madrid. Mi familia quiere ir a San Sebastián y yo trato de disuadirla. Si yo me voy de Madrid tú te alejarás más de él y de mí. No quiero que pienses en mí en un marco que desconoces. No me verás bien. Yo sufro el tormento de buscarte no sé en dónde. A la hora que tenías costumbre de venir, puedes estar segura de que yo estoy en el sitio de siempre, esperándote... como siempre. Ni siquiera me cambio el peinado ni la forma del vestido.»

Margarita había vencido. Lleno de amor, de recuerdos, de arrepentimiento, sacó de los cajones todos los retratos de la joven y los esparció por la habitación con una prodigalidad triunfadora. Los puso en aquellos marcos de madera antigua que tenía sobre la mesa de escritorio, los afirmó en las rinconeras y en la mesa de noche, sujetándolos con aquellos mosaicos de piedras duras que le servían de pisapapeles; los introdujo en el marco de los cuadros de las virgenes, sobre los pies de las Gracias, de la Primavera, mezclados a todos los grabados. Donde quiera que tendiese la vista, allí estaba su novia, sonriéndole con los labios encendidos, mirándole con los enormes ojos negros. Ya no estaba solo, ella lo libraba de toda sugestión. Le escribió una carta llena de pasión, de entusiasmo, pero varias veces tuvo que detenerse, al escribir el nombre de Margarita acudía también el nombre de Blanca a su pluma. Le parecía que no recordaba bien a ninguna de las dos. Surgía una mujer blanquísima, con el albor de Blanca y los cabellos negros de Margarita; una mujer de ojos tornasol, negros y claros, de sonrisa cambiante... Una mujer que era la mezcla de los dos. Aquella carta de pasión dirigida a Margarita estaba escrita para las dos... el amor escribía al amor... Así en vez de escribir el nombre de la joven puso «Niña mía», que podía servir para cualquiera de ellas.

En los días sucesivos Mauricio no vió a Blanca. Trató de encerrarse en su despacho entre los retratos de Margarita, avivando su recuerdo para luchar con el recuerdo de la otra.

Apenas salía de la casa. Pasaba largos ratos en el comedor o en el salón donde

todas las tardes se les servía el té. Lo distraía la contemplación de todos los tipos exóticos que se reunían en la pensión. Una robusta dama tedesca, que viajaba continuamente sin más objeto que el pasear viendo los escaparates, y que se quedaba desolada los domingos, sin saber qué hacer para matar su fastidio.

—Los museos no me divierten... Todos los cuadros son iguales... en viendo uno se han visto todos... El mirarlos me da dolor en la nuca...

—Florencia tiene bellos alrededores.

—Demasiado verdes... de un verde ingrato.

Otra dama norteamericana viajaba con un enorme equipo de baúles y todos los días se vestía y desnudaba veinte veces, luciendo, sin embargo, siempre las mismas joyas: unos magníficos ópalos engarzados entre brillantes que representaban una fortuna y que lucían sobre su seno, exageradamente descotado, en sus brazos, en sus orejas, en sus dedos. Gustaba de oírse llamar *la dama de los ópalos*. Su esposo la había enviado a Italia a pasar una temporada, interin él podía ir a buscarla. Le escribía en todos los correos y ella se divertía cuanto le era posible, siempre acompañada de un músico húngaro, moreno y grefudo, que todas las tardes tocaba el violín en su habitación.

Dos inglesas, secas, estrafalarias, que apenas saludaban a nadie y pasaban el día en la calle, con el Bedeker en la mano, parándose en todas las esquinas a mirar todos los edificios y todas las piedras.

Los demás huéspedes eran un matrimonio francés, un joven estudiante napolitano y dos sabios noruegos, que estaban como emborrachados de sol.

Mauricio alternaba superficialmente con todos ellos; pero hufa con habilidad de intimar demasiado, cuando la americana le invitaba a entrar en su cuarto para escuchar el violín del húngaro.

—Me da cierto miedo, señora.

—¿Por qué?

—Los violines de los húngaros tienen un malificio, que aumentan los ópalos de usted.

—Mis ópalos. Son de la buena suerte... Yo los llevo precisamente como un talismán.

Otras veces era la tedesca que trataba de comprometerlo para ver escaparates. Cansado tenía que volver a encerrarse en su cuarto. Fué la tedesca la que le recordó con sus lamentaciones que el jueves era fiesta.

—Estos pueblos meridionales son odiosos; esa alegría suya tiene que ser a gritos, a voces, molestando a todo el mundo. Mañana estará todo el comercio cerrado y no habrá más recurso que estarse en casa o ir también a su fiesta del grillo.

—¿Cómo?

—Es día de la Ascensión y hay que *levaré il Grillo*, es la costumbre.

Mauricio recordó con pena su promesa. Era menester prescindir de ella. Quería a toda costa olvidar a Blanca y amar a Margarita con aquel amor encendido y único que lo hacía tan dichoso. Todos los días recibía carta de su novia, la abría con emoción, la leía con ansiedad y la dejaba con cierta amargura. Ella lo amaba, le expresaba su pasión; pero no es el amor que se inspira el que nos puede hacer felices, sino el amor que se siente.

Firme en su propósito, Mauricio escribió una postal a doña Marta excusándose de asistir a la fiesta. Después del almuerzo salió y la depositó en el correo. Hecho esto, como si se viese libre de un gran peso, se dirigía a su casa lentamente, con la cabeza inclinada, cuando oyó pronunciar su nombre.

—Signore Mauricio, signore Mauricio.

—Blanca venía corriendo hacia él.

—Es usted un ingrato... no haber ido a vernos en todos estos días... es una iniquidad de la que mañana me vengaré...

—¿Y su mamá?

—Está buena... Se ha quedado en casa... yo he tenido que salir a invitar.

unas amiguitas para la excursión de mañana... Ya verá usted lo que nos vamos a divertir.

—Blanca... yo... no podré ir.

—¿Cómo?

Un vivo carmín subió del rostro de la joven.

—¿Qué dice usted?—repitió.

—Un trabajo urgente...

—No... no... eso no puede ser... yo quiero que usted venga.

Lo miraba entre sorprendida e irritada, y su piecicito, admirablemente calzado, golpeaba las grandes losas del pavimento de la calle.

—¿Pero?

—No se disculpe usted... ¡Yo que lo he preparado todo con tanta ilusión!

Parpadeó vivamente para deshacer una lágrima que le empañaba los ojos, y las pestañas doradas brillaron humedecidas.

—Por Dios, Blanca, si yo hubiese sabido que le costaba a usted tanto disgusto...

—Pero todavía es tiempo...

—No, porque acabo de poner en el correo una tarjeta dirigida a su mamá en la que me excuso de poder asistir mañana.

—¿Qué importa eso?

—Piense usted lo que diría su madre de mi versatilidad.

—¿No se opone a que usted venga más que eso?

—¿Le parece a usted poco?

—¡Con hacer que su carta no llegue a poder de mamá!

—¿Pero cómo? Una carta echada en ese buzón se convierte en una fatalidad. No se puede rescatar.

—Claro, pero se puede interceptar. Yo haré que mamá no vea esa carta... pero prométame usted venir.

Lo miraba intensamente, haciéndole sentir un escalofrío con su mirada. No tenía ya voluntad.

—Se lo prometo.

Palmoteó ella como una niña.

—¡Qué susto me había usted dado, Mauricio! Mucho—exclamó con pasión y en seguida, como temiendo haber ido demasiado lejos, añadió: Es un orgullo para nosotros los florentinos, mostrarle a un extranjero del talento de usted uno de los aspectos más pinforescos de nuestra ciudad.

Hubo un momento de silencio.

—¡Oh, Dios mío, qué cabeza la mía! Me estoy aquí charlando cuando aún tengo que hacer varios encargos y la casa está lejos.

—¿Quiere usted que yo la acompañe?

—No... no tengo miedo... lo que quiero es que me prometa usted no faltar mañana.

—Ya se lo he prometido.

—No me fio del todo... también se lo prometió a mamá e iba a faltarle.

—Fué de un modo diferente.

—Júremelo usted... por lo que más quiera.

—Por usted misma, Blanca.

La joven le tendió la mano, que él estrechó con transporte, y envolviéndolo en su mirada húmeda se alejó ligera entre la multitud que llenaba la plaza de la Señoría. El la vio cruzar frente a la loggia del Lanzi, graciosa y ligera, y perderse a la entrada de la *vía*. En aquel momento no pensaba en Margarita.

La ciudad azul brillaba bajo la luz de un sol de llamas. Era como una emigración del pueblo en masa en dirección a los Cascine. Había un aspecto de fiesta en el aire que rimaba con aquella multitud endomingada y alegre. Todos seguían la corriente del río para salir a aquellos jardines o al campo. El agua resplandecía en los remolinos de espuma blanca que formaban una triple y pequeña cascada un poco más allá del *Puente Viejo*. Todas las tiendas cerradas tenían abiertos los escaparates y ostentaban sus mercancías tan poéticas, tan bellas, que daban idea de que nadie tenía allí necesidad de vivir más que para cosas superfluas e ideales. Las piedras duras, labradas en la escuela que crearon los Médices cerca de *Santa Croce*, ofrecían bellos mosaicos, reproducción de cuadros, flores de todas clases; la típica fuente donde bebían las palomas, delicia de las jovencitas románticas; a su lado los grabados de todas clases, las reproducciones coloridas, las estatuillas de mármol, de alabastro o simplemente de escayola imitando los barro y los bronce; los hierros labrados con exquisito arte; las tierras cocidas con magníficos esmaltes, los objetos de cerámica y las patenas de cristales finísimos, de cristales murrinos,

Era una exhibición que se extendía desde las dos hileras de casas que coronaban el Puente Viejo a lo largo de toda la ribera. Las joyerías llenas de aquel precioso trabajo de aljofar engarzado maravillosamente; el rutilar brillante de las piedras preciosas, los corales, que iban del rojo vivo hasta el blanco de porcelana, pasando por los más suaves tonos del rosa. Los clásicos camafeos de lava napolitana, los rosarios de piedrecillas vulgares de Génova, los rosarios milagrosos de Roma, los ex votos de todas clases: ojos, vientres, piernas... Los lindos espejos de Florencia, las maderas labradas de Milán... por todas partes postales, retratos de grandes hombres. Todo aquello que hacía de la ciudad una exposición de arte y le daba un carácter tan distinto de todas las demás ciudades con sus escaparates de comestibles, de ropas hechas y de objetos de bazar.

En todas las esquinas había mesillas donde se vendían rosquillas, frutas, trozos de polenta... Hombres, mujeres y muchachos corrían a lo largo de la calle, andando y desandando el camino para ofrecer a los transeúntes flores, golosinas y chucherías.

Era una multitud alegre, ruidosa, que hablaba alto, reía y cantaba, produciendo un guirigay ensordecedor. Algunos llevaban instrumentos de música e iban tocando en un *concierto desconcertado* y discorde.

Aquel día casi todos los vendedores ofrecían jaulitas para los grillos. ¿De dónde venía aquella costumbre, cuidadosamente guardada allí, que hace ese día a los pobres y repugnantos animalitos el símbolo del amor?

Artrastrado por aquel río de alegría, de voces y de algazara, Mauricio llegó a los *Cascine*, el jardín preferido por los elegantes, que iban todas las tardes en sus coches, presentaba un aspecto completamente nuevo.

Invadido por la multitud, que corría de un lado para otro como presa de un vértigo, tratando de cazar su grillo.

El no poder cambiar entre sí este regalo era un mal agüero para los novios y hasta para los esposos. Había que cazar el grillo y regalárselo a la amada, como un símbolo de dicha y de felicidad. Para los que no podían cazarlos había vendedores previsores que habían hecho acopio de ellos desde días anteriores y

los ofrecían, con jaula y todo, por una lira; pero tenían más aceptación las jaulitas vacías, que compraban todos, y las especie de raquetas de que iban provistos.

En la Gran Plaza, donde se habían citado, Mauricio distinguió a la señora Bernardi con su hija, con otras dos jovencitas amigas de ésta y con un matrimonio que vivía en la vecindad. La alegría se pintaba en el semblante de todos.

— ¡Tengo mi grillo! — dijo la más niña de las dos jovencitas —, lo he cogido en cuanto llegué. Es buena suerte.

Y le mostraba la jaulita donde estaba agazapado el animalucho, pardo y zanudo, con los ojos salientes y recelosos, abiertos y asustados.

Mauricio saludó a todos y preguntó:

— ¿Y usted, Blanca, no ha cogido aún su grillo?

— Esperámos que viniese usted para empezar la caza.

Le entregó una raqueta.

— Yo también quiero cazar mi grillo — dijo el caballero que acompañaba a su esposa —; ningún año he dejado de obsequiar con él a mi mujer.

— Vayan ustedes — dijo con bondad Marta —. Entretanto nosotras buscaremos un lugar donde extender los manteles. Blanca tiene el capricho de que hemos de comer entre la hierba, en pleno campo.

Bien pronto todos se mezclaron a los cazadores buscando su grillo. Al saltar el primero Mauricio se contagió del entusiasmo por la caza. No era tan fácil como parecía. Los animales saltaban, con sus saltos pequeños y engañosos, cambiando de dirección de un modo imprevisto. Cuando ya se les creía al alcance de la raqueta, se alejaban muchos metros. Saltaban zanjás, se escondían en la maleza, se protegían entre las ramas. Era además necesario cazarlos con cuidado para sujetarlos en la red de la raqueta sin golpearlos con el borde de madera ni lastimarlos.

Todos los cazadores corrían, gritaban. Había buenos viejos que se entusiasmaban como niños. El mismo vecino, gordo y colorado, jadeaba rendido y apoplético para dar caza a su grillo. El juego había separado a unos de otros, corriendo en pos de la caza perseguida. Mauricio se distraía de su objeto para contemplar a Blanca. Vestida de blanco, con un traje de punto de aguja corto y ceñido y el pequeño sombrero que moldeaba maravillosamente el rostro juvenil, al aire la garganta y los brazos de mármol, sueltos y revoloteando los rizos dorados alrededor del rostro que se encendía en la emoción del juego, la joven tenía un encanto insuperable. A su belleza se unía el encanto de las mujeres que corren; aquella gracia de los movimientos rápidos y ágiles con que volteaba la raqueta, gritando alegre, embriagada, olvidada de todo, con los ojos llenos de luz y la boca entreabierta para respirar el aire a plenos pulmones.

El la seguía olvidado casi de la cacería, sintiendo la voluptuosidad de perseguirla a ella, viendo en su paso algo semejante a ese ritmo de danza que ha puesto Boticelli en esa Primavera, tan humana, que avanza pisando flores, acompañada del Amor, de Venus y de las Gracias.

— ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! — exclamó de pronto la joven, apoyando su raqueta contra el pie de un espino —. Ayúdeme usted para que no se me escape.

Por pronto que él quiso obedecerla llegó tarde. La impaciencia de Blanca le había hecho precipitarse, y a riesgo de que se le escapase, la manecita blanca se introdujo entre las hoias punzantes y se apoderó de su presa. Varias gotas de sangre mancharon la albura de la mano.

Mauricio se apoderó de aquella mano.

— Blanca, ¿se ha hecho usted daño?

— No, esto no es nada. ¡Ya lo tengo! Mire usted qué vivo y qué bonito es.

Sujetaba por las antenas al animalito, como se sujetan las pajaritas de papel que imitan la acción de volar y se lo mostraba a Mauricio. Este, que no soltaba la mano herida, sentía las palpitaciones del corazoncillo del pobre grillo, asustado y palpitante.

— ¿No le da a usted lástima, Blanca?... ¿No ve qué miedo tienen?

—Cuando lo ponga en la jaula se tranquilizará.

—No sería mejor dejarlo en libertad?

—¡Oh! No... Yo no quiero quedarme sin mi grillo... Me ha costado mucho trabajo... Además, lo cazarian otros y sería más desgraciado... yo lo cuidare bien.

Hablaba con la voz entrecortada aún por el cansancio de la carrera y fijaba en Mauricio los ojos llenos de una vida más intensa, más potente que nunca

—¿Y no tiene usted a quién darle ese grillo?

—No—repuso ella pareciendo entristecerse.

El tuvo un furioso arrebato de celos de un pasado que no conocía.

—Blanca—dijo con voz severa—, y otros años, ¿no ha tenido usted a quien ofrecer su grillo?

—No...

—¿De veras?

—Cierto.

—Dígame usted, Blanca—repitió con ansia—. ¿No ha tenido usted novio nunca?

—Jamás.

—Y... no ha amado usted.

—¡Mauricio!

—¡Júremelo usted.

—Pero...

—Blanca, ¿quiere usted darme ese grillo a mí?

—No, por... que...

—¿Por qué?

—Usted no me ama.

—¿Y si la amase?

—Mauricio.

—¿Me amaría usted, Blanca?

Ella no respondió, pero ofreció con un gesto candoroso su prisionero a Mauricio.

El la estrechó con transporte contra su pecho.

—¿Será cierto? ¿Me quieres tú también, Blanca?

—Sí.

Hubo un momento de silencio después de esta confesión. El grillo había pasado de la mano de Blanca a la de Mauricio, como ese anillo nupcial que se cambian los desposados en el momento de su enlace.

El sacó un pañuelo, limpió la hermosa mano humedecida de sangre, y la llevó a sus labios.

—Blanca, Blanca—gritó la amiga en aquel momento—, al fin he atrapado uno.

Sólo entonces se dieron cuenta de que no estaban solos en la creación y tendieron la vista en torno suyo.

La animación había decrecido. Sólo algunas parejas se obstinaban aún en la caza. Mauricio comprendió cómo aquella costumbre que añadía por un momento tantas gracias a la mujer, había de despertar las pasiones y favorecer los amores.

Toda la campiña estaba sembrada de grupos de gentes tendidas o sentadas sobre la hierba, en torno de los manteles tendidos, para comenzar sus meriendas. Era un momento de silencio al que no tardaría en suceder la algazara producida por las libaciones del Chianti, que darían la señal de reanudar los juegos, las risas, las músicas y los cantos.

Doña Marta, de pie, cerca del mantel cargado de platos y botellas, que iban sacando los sirvientes de las enormes cestas, les hacía señas para que fuesen.

En el camino encontraron a su amigo, que se había dejado caer rendido sobre un peñasco y no tenía ya ánimo de levantarse. Después de tanta fatiga el buen señor no había cazado nada.

En cambio, sin que Blanca y Mauricio dijese nada, todos, al verlos llegar, tuvieron la certeza de que habían cazado su grillo.

La lucha de su doble amor despedazaba el alma de Mauricio. De día dominaba en él por completo Blanca; de noche, en la sombra, como un remordimiento, lo poseía Margarita.

Después de aquel día de campo se había visto obligado a declarar la pasión que sentía por Blanca a la señora Bernardi; la linda viuda lo había acogido graciosamente, con esa comprensibilidad de las madres jóvenes y bellas, para las que no se han extinguido aún las dulzuras del amor.

Había comenzado un noviazgo oficial. Iba todas las tardes de paseo con Blanca y todas las veladas las pasaba en su casa, sentados cerca de aquel balcón, bajo la mirada protectora de la madre.

La conversación era general; ni la señora Bernardi se dormía o se distraía en vulgares asuntos de administración casera, como la madre de Margarita, ni Blanca aprovechaba el tiempo, como esta última, en hacer fatigosas labores. Sentada cerca de él, jugando con la cadena de perlas que pendía de su cuello, la joven no tenía más preocupación que la de atenderlo y hacerle agradable su estancia.

A veces se improvisaba un pequeño concierto. Blanca tocaba el piano con bastante maestría y sentimiento, sin ser una virtuosa ni una artista sobresaliente, y la madre cantaba canciones italianas, con una excelente voz de tiple ligera fresca y agradable. Tenía siempre el buen gusto de elegir canciones del pueblo: Barcarolas de Nápoles, serenatas venecianas, cantos de Florencia, nada de las romanzas sublimes ni de los románticos:

*«Vorrei morire
quando tramonta il sole.»*

Otras veces las damas leían versos italianos o bien Mauricio les hacía oír algunos españoles, que unos y otros comprendían fácilmente con esa semejanza de armonía de ambos idiomas. Un arpa ecólica colocada cerca del balcón dejaba escapar las extrañas melodías que la brisa del Arno arrancaban de sus cuerdas como si un espíritu invisible las tocara.

En todas las conversaciones había como una lucha inconfesada entre Mauricio y la mamá de Blanca, que gustaba de hablar de España, de repetir sus futuros proyectos. Mauricio se sentía triste y molesto al hablar de este tema. Entonces hablaba de su madre, dibujaba su tipo austero, bondadoso y triste, toda renunciación en favor del hijo. Les hablaba de su infancia, de sus costumbres, de los paisajes españoles; todo del pasado, nada de ese porvenir que crea el porvenir con sus promesas.

Ya habían convenido que aunque los futuros esposos vivieran en España, habían de ir todos los años a Florencia una larga temporada.

—Usted vendrá también con nosotros a España—habla dicho Mauricio—, y yo abrigo la esperanza de que se case con un español y se quede allí.

La idea no agradaba mucho a Blanca, que con ese egoísmo de los hijos, que creen una profanación el amor de las madres, respondía:

—Mejor es que se quede, pero sin casar.

La señora Bernardi atajóla riendo:

—Yo no puedo dejar mi Florencia. Me moriría lejos de ella.

En esos instantes Mauricio hablaba de buena fe. Con esa buena fe que suelen tener todos los hombres cuando cerca de una mujer bonita juran que la aman, porque así lo sienten en aquel instante, y que hace que la mayor parte de los engaños no estén hechos con un deliberado propósito. El no sabía qué había de hacer, ni cómo iba a vivir; pero se sentía unido a Blanca, ligado a aquella familia que creía en él, y persuadido de que la joven había de ser su esposa.

Cuando a las once de la noche se separaran, él tomaba la acera junto al pretil del río y caminaba lentamente, volviendo la cabeza de paso en paso, para ver la figura de su novia destacándose del marco de luz del balcón encuadrado de enredaderas. Cuando la perdía de vista apretaba el paso para salir de aquel lugar solitario; pasaba cerca de la torre cuadrada de restos de la antigua ciudad de la Edad Media, y con una mirada distraída percibía las lápidas blancas en donde estaban grabados los divinos tercetos de Dante, que repetía mentalmente:

«Io fui nato e cresciuto sulle rive dell'Arno alla gran villa.»

Conforme avanzaba hacia el centro de la ciudad, en dirección a su casa, le parecía que iba a una cita con Margarita. Su sensación era algo semejante a la de los que acuden a una conferencia telefónica. ¿Qué iba a decirle? Subía la escalera de la pensión, ya en silencio aquella hora, en que unos reposaban y otros no habían regresado aún. Cuando encendía la luz eléctrica, los innumerables retratos de Margarita lo envolvían en una mirada y una sonrisa de amor, de confianza, de pasión. Estaban allí esperándolo como lo esperaría ella en su gabinetito de Madrid, soña y triste, sentada cerca de aquel balcón donde habían pasado tantas noches de verano mirando las estrellas. La miraba con cierto remordimiento, desorientado, sin saber lo que le pasaba. Casi siempre había alguna carta suya en la mesa, la abría con rapidez y la leía. La misma calma, la misma confianza, la misma pasión tranquila y dulce. La vida de siempre surgía ante él, su madre, sus costumbres, Madrid, España.

Antes de acostarse le escribía, le escribía la larga carta que echaba él mismo al correo en su paseo de la mañana. Era un carta llena de pasión, de proyectos para su próxima vuelta. En aquellos instantes no existía Blanca. Apagaba la luz para irse a la cama, casi siempre en el momento en que resonaban en la escalera las risas contenidas y alegres de la americana que volvía del teatro, acompañada de su húngaro. Envidiaba sinceramente aquella mujer que lo pasaba tan bien lejos de su marido con su amigo y que dejaría a éste sin pena para volver al lado del esposo.

—Verdaderamente son de una raza superior—pensaba.

Sentía que amaba por igual a Margarita y a Blanca y sentía la desesperación de no poder conservar a las dos. No sólo había de sacrificarse él sino que tenía que sacrificar a una de ellas. Las dos eran buenas, las dos lo amaban y él tenía que destrozar uno de aquellos dos dulces y nobles corazones.

Se sentía con fuerza para amarlas a las dos, para hacerlas a las dos dichosas. ¡Qué delicia un hogar que las cobijara a las dos! ¡Cuánta alegría habría en él! Lamentaba que la condición social y las circunstancias de las dos jóvenes no le permitieran crear dos hogares para tenerlas a ambas cerca de sí; las necesitaba a las dos.

Cuando se dormía lo atormentaban mil pesadillas, que le hacían despertarse y revolverse en la cama sin poder volver a conciliar el sueño. La voz del Arno, riente y cantarina en el día, se tornaba de noche sombría, fatídica, amenazadora. Era un rumor ronco de tempestad, voces de malos genios, amenazas y lamentos que atronaban la noche. Entre la pesadilla de un fatigoso dormir, Mauricio sacrificaba por turno a la una o a la otra hasta que rendido se quedaba ale-

targado a la mañana y despertaba bien tarde, cuando la criada de la pensión daba los discretos golpecitos en la puerta para avisar que le iba a pasar el desayuno.

La luz del día entrando atropellada por la ventana, iluminaba todos los retratos de Margarita, pero también traía todo el recuerdo de Blanca.

Salía, ponía la carta para su prometida de España en el correo y entraba en los museos hasta la hora de almorzar. Después tomaba sus notas, ordenaba sus trabajos y al dar las seis corría a buscar a Blanca que lo esperaba, ya vestida, con el sombrero puesto, llena de alegría y de confianza.

En aquellos paseos era vencida Margarita. Unas tardes subían lentamente al incomparable *Viale di Colli* hasta llegar a lo alto, al *Piazzone Miguel Angelo*, donde se alza el colosal David. Allí acodados en el barandal, el uno al lado del otro contemplaban la ciudad que parecía un enorme ramo de rosas y lirios apriornado en el rico búcaro de mayólica de las colinas que la circundan.

Cada casa tenía aspecto de palacio con sus fachadas policromas, iluminadas por los reflejos pálidos del sol poniente; el Arno la cruzaba como una cinta de seda verde y brillante, formando entre los chinorros remolinos de espuma blanca; la famosa cúpula de *Santa Maria del Fiori*, dominaba la ciudad y las altas torres del palacio de la *Señoría* y del palacio del Podesta, lucían su esbeltez sin rival Al fondo, cerrando el horizonte, las colinas ondulosas; los árboles gigantes que mecen su ramaje a la margen del río; y sobre todo el dosel magnífico del cielo y el ambiente claro, perfumado, ligero, transparente, de recuerdos y de luz.

Desde allí se entretenían en buscar los lugares conocidos: Los Puentes, el hotel de Blanca y la pensión de Mauricio, que estaban en la rivera frente a ellos, y parecían más próximos el uno al otro. Se distinguía la rotonda del batisterio, las cúpulas de Santa Cruz, Santa María y la Annunziata. Allí estaban el correo, la logía, el mercado, la estación... Veían el desfile de coches de las bellas florentinas que volvían de los *Cascone*, luciendo las líneas puras de los retratos de Botichelli, Leonardo y Lippi. A su lado pasaban otras parejas de enamorados y solitarios turistas o damas extranjeras con el Bedeker en la mano y todos parecían mirar con cierta complacencia a la bella pareja.

Otras tardes iban al jardín de Bobolf. Paseaban entre las suntuosas calles de arboles y de boj recortados, sonriendo de la hermosa despreocupación con que los extranjeros habían tomado posesión de aquel lugar. En algunos momentos tenía algo de aduar o campamento. Aquí y allá se habían instalado gentes que se quitaban los sombreros y con la misma tranquilidad que en su casa, ya tendidos, ya recostados, leían y hacían labor, sin ocuparse unos de otros. Al salir de allí entraban en otro de los magníficos jardines cercanos. Por una lira la jardinera les entregaba unas grandes tijeras y les franqueaba el paso. Podían coger todas las rosas que una persona puede llevar. Los dos enamorados iban de un lado para otro sin saber que rosas escoger entre aquella floración admirable. Los rosales parecían no tener hojas, parecían haberse convertido todos en rosas. Cuando empezaban a cortar todas les parecían hermosas y entonces la dificultad no era cual elegir, como al empezar sino cual dejar.

Blanca las iba señalando y Mauricio las iba cortando.

- Esta color fuego.
- Aquella rosa.
- Esa de olor.
- Ese ramo de color de oro.
- Esa blanca.
- La otra crema.
- Esta de te.
- Aquella Aurora.
- Ese ramo de pitimini

Iban todas formando un brazado a un lado del paseo sobre el sendero enarenado. Tenían que hacer un esfuerzo para detenerse y no inmolarlas a todas. Entonces dejaban las tijeras, y se sentaban para hacer su ramo. Blanca las colocá-

ba en su falda y él les iba quitando las espinas de los troncos para que las cogiese sin peligro.

Durante este tiempo no dejaban de admirar las flores.

—Mira ésta que color.

—Cómo huele ésta.

—Fíjate, parece contrahecha—decían a veces empleando esa comparación suprema que llama a la flor natural *contrahecha* y a la artificial *natural* para expresar el colmo de la perfección.

Después ella las cogía todas y se las acercaba al rostro, se escondía entre ellas, deseando aspirar no solo su aroma, sino también su savia y su frescor. A veces Mauricio, sin poder resistir, ponía la mano sobre las flores y le parecía sentir una impresión de carne, de senos suaves palpitando bajo sus caricias.

VI

Cada día estaba más decidido, era preciso romper con Margarita; él no podría ya separarse de Blanca. Todo lo que la otra le había hecho vivir para ella a través de los años se lo hacía esta vivir en horas con mayor intensidad.

A medida que le era infiel sentía celos de Margarita; la joven con una clarividencia de enamorada le había escrito en su última carta llena de inquietudes vagas:

«No sé qué sombras de otras mujeres que yo no conozco vienen hasta mí con tu recuerdo. Me parece que estás lejos de mí, que alguien te acompaña cuando yo te llamo.»

Luego, arrepentida de su queja, añadía:

«Perdóname; no me hagas caso. Son temores hijos de lo mucho que te amo. Mi propio corazón me asegura del tuyo. Mi felicidad es un reflejo de la tuya.»

Al leer aquellas palabras tuvo por primera vez la idea de que Margarita pudiese dejar de amarlo y le pareció que en efecto su infidelidad creaba la infidelidad de ella. Obedeciendo a su despecho tomó la pluma y escribió:

«La ausencia es lo que prueba el amor. Yo creí que podrías salir vencedora de la prueba pero veo que no es cierto. Flaqueas, dudas de mí, me hablas de infidelidades... veo que no me comprendes, que no podremos ser felices. Es mejor que termine todo entre nosotros. Te devuelvo tu palabra. Olvidemos nuestros proyectos y así cuando nos volvamos a ver podremos saludarnos como buenos amigos que se desean felicidad.»

Escribió la carta como sonámbulo, como autómatas y en aquel estado fué a dejarla en el buzón del correo. Pero el golpe leve de la carta que se deslizaba con las otras al escaparse de su mano lo despertó. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había sido capaz de destruir el amor de toda su vida por un momento de locura?

La memoria, guardadora del amor, volvía a él que la había perdido entre tantas las impresiones nuevas. Todo su pasado, todo el amor que había iluminado la vida de Margarita niña, amparándola en su paso a la adolescencia; que le había hecho no amar más que a él, no tener una sensación que no le perteneciese se le aparecía.

¿Y Blanca? Seguramente habría tenido otro u otros enamorados. Quizás estaba en igual caso que él. Sin saber lo que hacía se internó en el dedalo de callejuelas estrechas que conducen al *Mercado Nuevo* y cruzó entre la multitud de

floristas, y de vendedoras de encajes y de labores de paja que le ofrecían sus mercancías; mariposeando en torno del viejo javalí florentino de bronce, tendido cerca del mercado. Subiendo por allí a la ventura fué a parar a las Galerías Víctor Manuel, donde se refugiaba la vida moderna, cruzó ante el panteón de los Médicis y llegó a la plaza del Duomo. Allí en uno de los ángulos, como escondido detrás del Batisterio, estaba el insignificante café de *Bella-Vista*. Una sala larga, estrecha, ahumada, decorada con espejos y divanes rojos. Allí entró y pidió café y recado de escribir. La cabeza le ardía, no se daba cuenta de la gente que le robeaba, pequeños burgueses, embebidos en sus negocios. Apuró su taza y tomando la hoja de papel escribió un telegrama.

«Te ruego no hagas caso de la carta fecha 20 que recibirás después de ésta. Está escrita a impulso de mis celos. Te adoro como siempre y sólo vivo para ti.»

Cuando leyó lo que había escrito dudó un momento. Aquellas palabras no iban a llegar a ella con el recato de una carta. Iban a pasar bajo los ojos de personas indiferentes que las profanarían... Pero era preciso, él no podía dejar que Margarita recibiese su carta brutal sin haber destruído de antemano su efecto.

Dobló el papel y salió encaminándose al telégrafo. Cuando llegó iba ya a cerrarse la ventanilla; lo cursó y miró el reloj. ¡Las ocho! ¡Había olvidado ir a casa de Blanca! No sabía qué misterioso destino jugaba con su corazón. Cuando se había propuesto sacrificar a Margarita era a Blanca a la que sacrificaba.

Se dirigió a su casa y escribió una carta a Blanca. Se disculpaba de no haberle avisado antes que se sentía indispuerto con la esperanza de haber ido. Deseaba escribir una carta que sembrara la desconfianza en la joven y sin embargo su pluma escribía: «No te inquietes. Piensa en mí y ten la seguridad de que está a tu lado el alma entera de tu Mauricio.»

Por la mañana recibió dos cartas juntas.

Abrió la de Margarita primero. «He estado un poco enferma y no te lo he querido decir. ¿No lo presentías tú? Es que estoy muy triste; esta ausencia me hace sufrir demasiado. Si no te viera pronto a mi lado me moriría.»

Abrió la de Blanca. «Cuánto he sufrido, amado mío, al ver que no venías ayer. ¿Lo creerás? Tuve un momento de felicidad egoísta al saber que el no venir era ajeno a tu voluntad. Perdóname pero me creía olvidada y me sentía morir.»

Mauricio estrechó las dos cartas con desesperación entre los puños y exclamó:

—Es preciso decidirse. Esto no puede continuar así.

Mentalmente hizo un recuento de toda su vida. Margarita tenía más derechos sobre él. Después de todo Blanca no era más que un conocimiento superfluo, que simbolizaba el deslumbramiento de Florencia. En España estaba su vida toda su carrera... su fortuna... sus amigos, sus costumbres... su madre. Era una jocura pensar en romper con todo aquello. La vida se imponía. Era preciso tener el valor de romper con Blanca, provocando alguna de esas escenas vulgares que ponen término a las relaciones enojosas.

A pesar de todas sus reflexiones, cuando algunas horas después la criada de Blanca le franqueó las puertas del jardín, con su familiar *Buona sera Signorino*, su decisión cayó por tí

VII

¡Una semana sin carta de Margarita! Los primeros días se indignó. «Torpe, más que torpe, ahora que me hace tanta falta que me ayude a luchar» —pensaba.

Después el silencio de su novia le produjo gran inquietud. ¿Estaría enferma? ¿Acaso podría ofenderse con él y abandonarlo? Pasaba los días martirizado por sus dudas y entonces comprendía cuánto amaba a Margarita. Renacía su decisión de volver cerca de ella; pero sin embargo acudía puntual a sus citas con Blanca. Viendo cerca de sí a la joven tan dulcemente confiada y al pensar en dejarla, se le estrangulaba el corazón de angustia. Entonces comprendía lo que amaba a Blanca.

El paseo de aquella tarde había sido muy triste. Mauricio llevaba en la cartera la carta de Margarita que había recibido aquella mañana. La llevaba con algo de la superstición de los devotos que se protegen de las tentaciones con una medalla o un escapulario.

«Asustada por tu telegrama—le decía la joven—no he tenido valor de escribirte y he esperado tu carta. Aún prevenida para esperarla me ha hecho un daño terrible. ¿Cómo has podido tú hablarme así? ¿Tanto me desconoces? ¿Tanto se ha borrado mi figura de tu alma? Hubiera querido poder volar, cogerte de un brazo, sacudirte y gritarte con fuerza: «Mirame bien, Mauricio, soy yo, yo, tu Margarita.» Después he llorado mucho, escondiéndome para que no me viesen. Como si Dios quisiese enviarme un consuelo, esta noche ha venido tu madre. ¡La quiero tanto! Al estrecharla me pareció que te estrechaba a ti y mis ojos se cubrieron de lágrimas. ¿Conoció ella algo de lo que me sucedía? No sé, pero me acarició más dulcemente que nunca. Nuestros dos corazones se entendían. Mis padres le hicieron que se quedase a cenar y durante toda la cena se habló de ti. No se por qué fué la primera vez que me dió pena hablar de ti.

—Ya se aproxima el tiempo de que venga—dijo mi madre con algo de severidad, dolida sin duda de verme sufrir.

—Es preciso dejarte un poco de libertad—repuso mi padre con solidaridad de hombre.

—Yo estoy deseando su regreso—exclamó tu madre, y volviéndose a mí, añadió con dulzura—. Escribele tú que venga hija mía.

«¡Y yo que iba a hacerle el mismo ruego! Ella cree que me amas más que a nadie, que es la mía la mayor influencia y yo sólo en ella tengo esperanza. Sé que me quiere, sé que ve en mí la mujer que ha de seguir velando por ti y completando su obra maternal. Me hace el legado de su ternura y esto que en otros momentos me colmaría de felicidad, ahora me aterra. Tu carta, tu terrible carta... ¿Por qué la has escrito?... Es la primera vez que dudo de tu cariño y me siento morir. Mauricio, en nombre de todo nuestro amor, dime una palabra, la palabra verdadera.»

La tarde estaba en consonancia con el alma de Mauricio. Llovía. Una lluvia fina, menuda, caía sobre las duras losas volcánicas del pavimento. Blanca había querido pasear apesar de eso; caminaba al lado suyo, cubierta por el paraguas que él llevaba abierto.

—Este es un nuevo aspecto de Florencia que tú no conoces—decía—. Conoces la Florencia de la primavera y del verano. Verás que encanto tienen los días de otoño y luego esos días de nieve y de sol de nuestro invierno.

Deambulaban por las calles y las plazas en un paseo sin objeto, sin más objeto que el de estar juntos y no podían sustraerse a la hermosura de Florencia que los distraía de su contemplación. A cada momento el contraste de las dos ciudades, la de hoy y la de ayer, que hay mezcladas en Florencia les salta al paso. Era la ciudad medioeval pero rejuvenecida; las inmensas moles de los palacios que apenas rompen algunas ventanas ogivales no eran sin embargo pesantes y monótonas; las almenas que las coronan no le dan aspecto de fortaleza las torres viejas, las iglesias, los restos de muralla que se mezclan con las plazas modernas y las calles anchas se alzan con singular elegancia, sonrientes, sin la severidad que tendrían fuera de aquel conjunto,

A cada momento un recuerdo o una obra de arte les obligaba a detener el paso. ¿Cómo no detenerse ante la puerta que esculpió Gisberti en el Batisterio, la puerta del paraíso? No se podía pasar sin mirar aquellos escorzos suaves de

la mujer que camina, la precursora de la **Marina**, reveladora de la forma y de la gracia.

Entraron un momento a descansar en aquel desmantelado y solitario *Café de la Columna* y después siguieron su paseo. Iba a cerrar la noche y era preciso que Blanca regresase a su casa.

Atravesaron la plaza de la Signoría y cruzando delante de las Uffizi salieron al malecón del Arno. Allí, bajo las bóvedas sostenidas por columnas que terminan las dos alas del palacio del museo, los dos jóvenes se detuvieron. A la luz del crepúsculo distinguían la orilla opuesta del río, con el paisaje tan familiar de S. Miniato, los jardines de Boboli y las casas amarillas que se esfumaban en la media luz. El agua del río se había hecho espesa y oscura y la lluvia caía en ella como si fuesen menudos granitos de arena que la atravesaban. Hacía el lado por donde habían venido, la plaza desierta parecía más bien el patio de un palacio rodeado por los ventanales del Museo, entre los que se vislumbraban formas vagas, quizás los dioses y los santos de piedra que se acercaban a las vidrieras en el silencio y la soledad del atardecer.

A un lado y a otro, en las pilastras, la doble fila de estatuas de piedra, de toscanos ilustres Dante Alighieri, Americo Vesputio, Cimabue, Leonardo de Vinci, Galileo, Ghiberti, Donatello Perugini, Hugo Foscolo, el Aretino...

Al fondo, abriéndose a la luz la hermosa plaza de la Señoría. Se veía la torre inconfundible y original del Palacio Viejo, con su león rampante en el remate. En la esquina de la Loggia de Lanci se vislumbraba las esculturas inmortales.

Más al fondo, el David, inmenso; el Neptuno de la fuente, la estatua ecuestre de Jaime I, y a sus pies, la losa blanca que marcaba el lugar de la hoguera de Savonarola. Al fondo, cerrando la plaza, los palacios, y bajo la luz, la muchedumbre severa, grave, elegante, con su grave elegancia florentina, que es tanto del pueblo como de la aristocracia.

Mauricio miraba todo aquello con los ojos muy abiertos, como si quisiera grabar la belleza en su pupila. Hizo un esfuerzo y volvió a ponerse en marcha. La lluvia seguía cayendo.

--Toma mi brazo, Blanca.

Era completamente de noche y nadie los veía. La joven se apoyó en él, y la sensación del roce de su cuerpo parecía verificarse sin el intermedio de sus vestidos. Caminaban uno al lado de otro en silencio, agitados por distintos sentimientos. A veces algunas personas que venían detrás de ellos los inquietaban con sus pasos de perseguidores y respiraban más tranquilos cuando los veían pasar delante. Otras el encuentro de los que venían en sentido contrario obligaba a la joven a retirar el brazo del brazo de su novio.

El no apartaba los ojos de ella, sentía su respiración visible en una especie de vaho caliente que se escapaba de entre sus labios y el perfume de su carne, el reflejo de sus cabellos.

Al pasar la vieja torre y entrar en la soledad que precedía al Hotel, Mauricio no se pudo contener más, se inclinó y dió un beso en la garganta blanca, cerca del nacimiento de la oreja. Ella pareció sufrir el dolor de una quemadura, ahogó un grito y quiso huir. El la sujetó por el brazo, y acercándose más, suplicó:

--Tú, Blanca, tú...

Asustada, ruborosa, con los ojos entornados, ella ofrendó sus labios, y un beso largo, grande, ansioso palpitó en el ambiente.

Habían llegado. Se detuvieron un momento en la puerta delante de la criadita y murmuraron a un tiempo:

--Hasta luego.

--Arrivederlo.

En la voz de ella había el temor y el temblor de la virgen que ha desceñido su velo. ¿Había adquirido más derechos? ¿Volvería más pronto? ¿Se exponía a perderlo?

El volvía sobre sus pasos enloquecido.

—Es preciso escapar ahora o quedarse para siempre.

Con una resolución súbita entró en la pensión, lo metió todo revuelto en sus baúles y se hizo conducir a la estación.

Ni una palabra a Blanca, ni una disculpa a la señora Bernardi, ni un telegrama a Margarita. ¿Para qué?

Una hora después el tren corría. Sentía impulsos de bajar en cuanto llegase a la estación, de volver, y sin embargo, no se resolvía. Iba como cumpliendo un destino fatal.

Recostado en un ángulo, envuelto en su manta, con la gorra calada hasta la nariz, procuraba ahogar su dolor. Ya no podría ser jamás feliz. La abandonada sería siempre el ideal inolvidable que se sublimaría en el recuerdo. La intransigencia de las costumbres, en lucha con el sentimiento natural, llenaría ya para siempre su vida de la tristeza de un anhelo incumplido. Sentía mutilada su vida. Había elegido el peor camino, pero el más lógico y el único además que podía elegir.

Carrén de Argos
Colombine

E. Dip. Almería

AL-821-BUR-dos



1001145

NEW YORK



CALZADO WALK-OVER

MONARCH La máquina de escribir más moderna.—La que mayores perfeccionamientos reúne.
REPRESENTANTE: ANTONIO LINARES
 FEZ. 2, MADRID

Suaviza el cutis.
ACCELARATO
 Lo mejor para fricción.
ALCOHOLERA
 Carmen, 10

NAALADIN
 El mejor líquido para limpiar los metales
 De venta en droguerías.

Importante: La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro**, por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello, con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

Sus primores en hechuras de trajes y gabanes desde 40 pesetas en adelante.
CARMEN, 25, ENTLO.

FOTOGRAFIA
BIEN
CALLE DE ALCALÁ, 23
 Telef. M-730-Hay ascensor

FOR SEIS PESETAS puede adquirir un magnífico **FILTRO "ARSO"** de un rendimiento de 24 litros al día, en la fábrica **Prim, 5, (Barrio de Doña Carlota) Puente Vallecas**

LOS ANIMALES

Hemos lanzado a la publicidad una interesantísima colección infantil única donde se describen de manera amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se divide en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrandolo cada uno de ellos a un animal diferente.—El jueves próximo aparecerá

PRECIOS Y ADMINISTRACIÓN

Precio del cuaderno: 20 céntimos
 No se acepta el pago en sellos.—Pidanse a Corresponsales y a esta Administración, Calvo Asensio, 3.—Madrid

VERANIEGANTES!

Antes de amueblar vuestras residencias veraniegas visitad el grandioso surtido que tiene en muebles sólidos, ligeros y elegantes el **PALACIO DE NOVELS DE VENTAS, ATOCHA, 34.**

La novela **TEATRAL** **SANCHO GARCÍA**
 Composición trágica en tres actos
JOSÉ ZORRILLA
 publicará mañana domingo **VEINTE céntimos**

1001195

